

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- | | | |
|----------------------------------|-----------|--|
| | 5 | Trinidad y Eucaristía |
| <i>Lucio Florio</i> | 7 | Los Lugares del Encuentro Trinitario |
| <i>Alberto Espezel</i> | 16 | Encarnación - Resurrección - Eucaristía |
| <i>Jean Corbon</i> | 24 | Rezar y Celebrar en la Trinidad Santa |
| <i>María Manuela de Carvalho</i> | 42 | Dimensión Trinitaria de la Adoración Eucarística |
| <i>Adriana Rogliano</i> | 50 | La Trinidad y la Gracia en la Divina Comedia |
| <i>Sante Babolin</i> | 59 | El Icono de la Trinidad de Rublöv |
| <i>Alberto Espezel</i> | 71 | Gisbert Greshake, <i>Der Dreieine Gott, Eine trinitarische Theologie,</i> |
| <i>Juan Francisco Franck</i> | 73 | De la interioridad a la trascendencia |

Dimensión Trinitaria de la Adoración Eucarística

*por María Manuela de Carvalho **

Dios es Dios, Señor de la vida, Aquel a quien los cuatro videntes no cesan de repetir: "Santo, Santo, Santo es el Señor Dios Todopoderoso. El que era, que es y que va a venir" (Ap.4,8). Volvamos a escuchar Is.6,3: "la tierra está llena de su gloria".

Este es el acto de adoración de la eternidad, en el cual todo es dado a Dios en la liturgia definitiva que se celebra en el cielo, pero es también el acto en el cual participa la tierra en la liturgia eucarística.

Cuando en la muerte de Jesús en la Cruz y en su Resurrección nos envió el fuego purificador y santificador nos fue dado vivir para Dios, y morir por El (Rom.14,8), y nos fue dado el ser transferidos a la dimensión de comulgantes del Cuerpo de Cristo . Fue en el don de la entrega de Cristo al Padre en el amor que, tornados su cuerpo vivo, vivimos de y en su entrega, celebrándola agradecidos: en la Eucaristía.

Si la muerte de Jesucristo en la Cruz y su Resurrección gloriosa generaron una nueva relación entre la tierra y el cielo, esta es una relación en el Espíritu de amor que hace presente, en la entrega de Cristo, la entrega de los cristianos en la adoración eucarística. Comulgar en la entrega de Cristo al Padre en la plenitud del Amor, que procede de ambos, es acción de gracias: es Eucaristía. Más que agradecer beneficios (como se hacía en el Antiguo Testamento), la acción de gracias cristiana es entrega personal y por los otros, es entrega en la co-

* María Manuela de Carvalho, doctorada en teología en la Facultad de Teología de la Universidad Católica Portuguesa con una tesis sobre "La centralidad cristológica del "eschaton" en los escritos de Hans Urs von Balthasar" publicada en Oporto, 1993. Profesora en la Facultad de Teología de Lisboa.

muni3n de los santos, comuni3n que lanza en la historia la semilla de la caridad estructurante de la comunidad eclesial.

La oraci3n eucarística es la oraci3n de la eternidad, que, en Cristo, abri3 en la tierra el cielo. Llen3 el presente hist3rico de la plenitud de la eternidad y recogió eternamente la entrega de la historia en el dinamismo trinitario.

I. La Iglesia celebra su acto constituyente

Si, a veces, el drama de la Cruz aparece como una mera enseñaanza simb3lica de que Dios actúa sobre los hombres en Jesucristo, y si la Resurrecci3n aparece como la señaal de que Dios tiene finalmente misericordia del pecador y lo justifica, se concluye que la solidaridad de Jesú3 con los miserables y oprimidos de este mundo expresa la intenci3n del Padre de reconciliarse con los hombres, y del Hijo de llevar hasta las últimas consecuencias la obediencia al plan del Padre.

Preguntamos, entretanto, si tal solidaridad es verdaderamente salvífica, y si del nivel del símbolo no se debe pasar al del realismo de la encarnaci3n del Verbo de Dios: ser totalmente tiempo para el Padre y para los hombres, tiempo que el Padre acepta en la actitud adorante del Hijo, tiempo que los hombres rechazan, al rechazar el ser amados y amar (Jn.1,11).

Es que la naturaleza humana del Verbo de Dios, al ser hombre para los otros, est3 totalmente polarizada por la acci3n redentora de Dios, en cuanto la naturaleza de los hombres apenas pretende ser hombre como los hombres. Polarizada por la acci3n redentora de Dios, la vida de Cristo -Verbo de Dios encarnado- es eterna relaci3n de amor al Padre, en el Espíritu que procede de ambos; y es a esa relaci3n que el Salvador llama a la humanidad, por la palabra y por las señaales del amor divino, de modo de interpelar el poder decisivo del hombre del dejarse liberar del mero estar como los otros para tornarse, en Cristo, un ser para los otros en la relaci3n de amor eterno, en la infinita libertad.

El tiempo que el Hijo eterno da al mundo en el misterio de la encarnaci3n es contemplaci3n activa del plan del Dios Trino: es gracia, esto es, don de acceso a Dios dado por el propio Dios. El es el lugar personal de encuentro de la humanidad con Dios, en la novedad definitiva que en El abraza la historia: la Resurrecci3n.

La Resurrecci3n es el acto escatol3gico de la universalidad de su misi3n. La inserci3n en Cristo no es mera reconciliaci3n del mundo con Dios, es comuni3n de vida con El, en un cuerpo que es más

que vivir con los otros: es vivir para y por los otros en el acto de contemplación activa del plan divino.

En su homilía 24 sobre 1 Co.10,16, S.Juan Crisóstomo refiere que el Señor no habla a los suyos de "participar" de su Cuerpo, sino en comulgar en él, esto es en ser uno con los otros, unos por y para los otros en la propia realidad del dinamismo trinitario¹.

De hecho, todo el drama de la humanidad fue asumido en la misión de Jesucristo de dar a la naturaleza humana el poder de realizarse en la gracia de encontrar a Dios, y del volver al encuentro histórico, en la construcción del tiempo de la libertad del amor, un espacio de comunión.

Espacio de comunión es siempre aquel que comunica la realidad objetiva de la cual se participa². Vivir en comunión es estar inserto en Cristo en la comunidad trinitaria, unidos unos a otros en el Señor, en la tarea de apoyo, de entrega y de don recíprocos³.

La fuerza de la misión de Cristo torna a cada ser humano no sólo un ser como los otros, sino también un ser para los otros, el fruto del único "ser por todos" de Cristo en la Cruz⁴. El bautismo y la eucaristía congregan en un sólo Cuerpo a aquellos que, personalizados en Cristo, se vuelven comunidad e iglesia que no se limita al espacio de la Iglesia visible, sino que puede extenderse tanto como los méritos de Cristo⁵.

En Cristo, única luz del mundo, los cristianos son su luz cuando son sal de la tierra (Mt.5,13 y ss.), cuando concretan un espacio de comunión en el tiempo de adoración en el dinamismo trinitario constitutivo de la naturaleza íntima de la Iglesia.

María es figura de la celebración del acto constitutivo de la comunión eclesial. Madre de Dios y madre de la Iglesia, toda su vida es prototipo de lo que el arte divino puede hacer con la naturaleza humana cuando no se opone a la acción de Dios⁶. En esa obra de arte que es María, la Iglesia primordial muestra en forma comprensible lo que es el cristianismo. Es recepción de la acción divina en una apertura que se universaliza, desprivatizado y hecho espacio y fuente de comunidad.

1- PG 57,200

2- Cf. H de Lubac, *Théologies d'occasion*, Paris, 1984, 14.

3- En el artículo programático de *Communio*, publicado en el primer número en lengua alemana, y varias veces traducido en los primeros números de nuestras revistas, escribía H.U.von Balthasar: "Quienes se encuentran en *communio*, no se encuentran por propia iniciativa primero de un círculo privado en una comunidad, cuya medida pueden sostener como iniciantes, sino que se encuentran desde el principio ya allí, siempre listos, a priori referidos unos a otros, no para vivir y contentarse en el mismo espacio, sino para llevar adelante la misma obra" *Communio, Ein Programm*, en *Int Kath.Zeit.Communio* 1 (1972) 5 y ss..

4- *Theodramatik* II,2 p.258

5- *Idem*

6- *Idem* 269

En la recepción de la acción divina desde la anunciación y la maternidad física hasta los pies de la Cruz, la libertad de María se vuelve el núcleo de su destino histórico. Acepta generar en su seno al Hijo de Dios y consiente que la acción divina la posea, y se entregue sin condiciones al plan universal de Dios. Vivir entregada a Dios es vivir libremente, porque es consentir voluntariamente a que su libertad finita se amplíe en la infinita libertad divina, en sus dimensiones universales.

El acto de libre entrega a la libertad infinita de Dios es entonces ya adoración, libertad de Dios que universaliza la misión histórica y celebra la alabanza del Dios eterno en el acto unísono que une el cielo y la tierra. Como escribía Adrienne von Speyr: "El cielo ya no se abre para María; se abrió juntamente con ella. Ella forma parte de la apertura del cielo, está dado y así allí donde ella vive está la divina presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu...Ella vive en la verdad develada de la eternidad"⁷.

Más que tipo de la Iglesia o del nuevo nacimiento que es el ser cristiano, María es, cristológicamente, esencia de la Iglesia: lugar donde se da el nuevo nacimiento y donde el creyente celebra, en la adoración eucarística, la vida que lo constituye Iglesia de Dios, templo de la Santísima Trinidad.

Entre la historia y la eternidad, su posición es la de generar, en la pureza virginal pero en los dolores de la temporalidad y del desierto (Ap.12,6), frutos para la vida eterna⁸. Así ella es *transitus* para el Padre, siendo templo del Espíritu Santo, existencia salvada, espacio puro y libertador del pecado y de la muerte. La libertad nupcial de María, en su respuesta al plan divino, se vuelve universalmente fecunda. El Verbo se encarna en ella y, como escribe Balthasar, "a partir de la Eucaristía y de la Cruz, se vuelve verdadero cáliz eclesial, en el cual se vierte la substancia del Hijo universalizada por el Espíritu Santo"⁹.

Es el Espíritu Santo, Espíritu de libertad, que conduce la libertad de los creyentes en la dirección del sí total mariano, sí que genera en la historia la comunión en la santidad¹⁰.

II La Eternidad y el Tiempo se entrecruzan

La realidad de la primera Iglesia inmaculada, a la cual van

7- A von Speyr, *Die Welt des Gebetes*, Einsiedeln 1951,113

8- Cf. Hans Urs von Balthasar, Id.307

9- Id.323

10- Cf.M.M. de Carvalho, *A centralidade cristológica do "Eschaton" nos escritos de Hans Urs von Balthasar*, Porto, 1993, 225-240

los purificados en la sangre del Cordero (Ap.7,14) es también una realidad de santidad que conduce la peregrinación eclesial de fe en fe, a través de la misión de la Iglesia en sus ministerios y carismas.

Constitutivamente, la Iglesia vive una doble polaridad: santidad mariana subjetiva e institucional objetiva; saber vital del creyente, profético y carismático, y saber ministerial enraizado en la autoridad apostólica, para educar la comunidad y conducirla sacramentalmente a la comunión.

La Iglesia es la esposa del Cordero iniciada en María, la Madre de Dios, y celebrada en la Eucaristía por el Cuerpo vivo en Cristo. La misión de la Iglesia, en comunión con la misión irrepetible de su Señor, es incorporar al cristiano en la Eucaristía de Cristo: insertar la libertad de cada uno, nupcialmente, para estructurar el cuerpo de Cristo en comunión de santos.

La realidad de la adoración eucarística es acción que incluye al cristiano en la Cruz gloriosa de Jesucristo. La realización definitiva de la misión de Cristo en la Cruz y Resurrección se vuelve dinámicamente presente en la Iglesia, en el sacrificio eternizado delante del Padre en favor de la humanidad. La comunión de la Iglesia en el sacrificio de Cristo no consiste en la presencialización del sacrificio, sino antes en referir a los cristianos a la presencia supratemporal del misterio de salvación¹¹. En tanto así se da la alianza entre la eternidad y el tiempo, en la relación directa entre la realidad histórica de la Cruz-Resurrección y la celebración histórica de la Eucaristía. El acontecimiento pascual se vuelve acto sacramental. El ofrecimiento oferta de Cristo al Padre es sacramento en acto.

En la celebración eucarística la Iglesia comulga íntimamente en la entrega de Cristo al Padre en tres aspectos: los cristianos reconocen el pro nobis del sacrificio de Cristo, la transformación operada en ellos por el acto de Cristo, y confiesan eucarísticamente esa realidad; el acto de fe de la comunidad está ya realizado en uno de sus miembros -en María- figura de fe de la Iglesia y lugar de su nacimiento,¹² Jesús se entrega en manos de la Iglesia que ofrece a Dios el Cordero inmolado por amor de todos los pecadores.

En el ofrecimiento de ese amor por toda la humanidad está todo el significado de la Eucaristía.. Y el movimiento de la Iglesia, que en Cristo se ofrece a Dios, se cruza con el movimiento de comunión

11- "Así aparece la participación de la Iglesia en el sacrificio de Cristo, no tanto como presencialización de éste, sino como la inserción del creyente en la presencia supratemporal del misterio salvífico" TDIII,363

12- Escribe Balthasar: "el dejar-suceder de María de la Cruz es el arquetípico dejar-suceder en toda fe eclesial, justamente en el acontecimiento de la Eucaristía, la actitud existencial plena y ejemplar, incorporada y transmitida por la Iglesia a través de los siglos", Ibid,361.

ofrecido por Cristo que, una vez por todas y para siempre (*ephapax*)¹³ abrazó a todos, dando en su entrega el don del Espíritu que conduce al Padre.

En la Eucaristía, la plenitud que la Pascua de Cristo trajo a la historia es participada en este presente lleno de plenitud, que es el cielo ya presente, que es lazo nupcial entre la eternidad y el tiempo. Y el presente lleno de plenitud transforma la muerte en vida de amor, y congrega en adoración la comunidad de los vivos en un devenir histórico propio del cielo.

San Agustín recuerda que el cuerpo y la sangre de Cristo que la Iglesia recibe, transforma al que lo recibe¹⁴ "Sed lo que véis y recibid lo que soís". San Juan Crisóstomo, el Doctor Eucharisticus, reúne en el sacrificio (*thusía*) el sacrificio de Cristo y el de los cristianos¹⁵. Es la propia palabra sacrificio que expresa la identidad del sacrificio de Cristo y de los cristianos: es la autodonación en un culto personal¹⁶. Esta autodonación en un culto personal es adoración, es eucaristía en una unidad que la Iglesia canta ejemplarmente en uno de sus himnos medievales:

"Oh hostia saludable
que abres la puerta del cielo,...
a quienes nos abate
la hostilidad de la guerra
da fuerza, presta auxilio.

Al Señor Uno y Trino
se le dé eterna gloria.
Ella nos dará en la patria
la vida que no tiene fin".¹⁷

13- La significación bíblica de *Ephapax*- de una vez para siempre- aclara el sentido que abraza toda la realidad, que es el sentido escatológico. No es un definitivo pretérito *pax* (acción irrepetible), sino un definitivo omnipresente con connotaciones de plenitud y consumación (teleiosis) (Heb.7,3; 10,12.14; 7,28).

14- Sermo 272, PL 38, 1247

15- In Hebr.17,3, PG 63, 131

16- Ya en el NT *thusía* tiene el sentido de sacrificio espiritual o existencial del cristiano (Rom.12,1; Fil.2,17:4,18; 1 Pe.2,5; Heb.13,15ss.), o de la entrega sacrificial de Cristo por nosotros (Ef.5,2). En la muerte de Jesús como entrega llega a su plenitud el concepto general de sacrificio (cf. J. Betz *Messopfer*, THWNT VII, 345). Los discípulos de Jesús comprenden la diferencia que existe entre este término y *dóron*, que se refiere a la ley antigua y nunca al sacrificio personal cristiano. Entienden la nueva dimensión personal de Jesús en la Cena, como entrega en un culto no carnal, sino espiritual, esto es, personal. Al lado de la palabra *thusía* también la palabra *proesis* implica, en los escritos paulinos, la nueva oblación personal (Rom.15,16; Ef.5,2; Heb.10,10.14) Cf. M. Gesteira Garza, *La Eucaristía, misterio de comunión*, Madrid, 1983, 275 y ss.

17- De corpore Christi Hymnus, ad Laude.

III. El Dinamismo Trinitario de la Adoración Eclesial

La Eucaristía no es, de modo alguno, en la vida de la Iglesia, un momento social de cortesía para con Dios. Es un momento que hace y construye la Iglesia que celebra y que en ella -en la Eucaristía- se constituye. El lazo nupcial de la Iglesia con Dios permite que el dinamismo trinitario sea el acto adorador que entrega la vida en plenitud.

La Trinidad es adoración. En la expresión de Adrienne von Speyr, el misterio trinitario es eternamente coloquio, expectativa y decisión¹⁸. Es palabra dirigida al Padre que es constitutiva del ser del Hijo, Palabra dada y acogida en el amor que los une. Mutuo coloquio de amor, es siempre expectativa del querer del Otro y decisión amante de realizarlo. En cuanto realidad eterna, la adoración es como una presencia de Dios a sí mismo en relación pura de conocimiento y voluntad: en una relación de amor constitutiva de las personas divinas. Como escribe Balthasar, desde la eternidad la relación trinitaria es relación del Yo con el Tú con una tal pureza que sólo el Tú es tenido en consideración¹⁹.

La encarnación del Verbo es palabra en la historia en acto de adoración que culmina en el silencio de la Cruz, en un silencio que fecunda la palabra viva de amor que ahora la Iglesia de Cristo puede pronunciar: la entrega en el dinamismo trinitario. La Eucaristía, que celebra el silencio fecundo de la Cruz, recibe esta presencia divina en su mismo coloquio, expectativa y decisión que genera, en el tiempo histórico, la eternidad divina. El abrirse a Dios exige la decisión, no como una preferencia relativa y cortés, sino como una elección absoluta, eco de la palabra del evangelio: "quien no está conmigo está contra mí" (Mt.12,30; Lc.11,23).

En el centro de la Eucaristía, la decisión es la alabanza desde la historia, como una provocación de Dios a la libertad humana. La decisión por Dios la proyecta en el camino, la verdad y la vida que es Cristo. Y la decisión por Dios invita a desistir de querer construir la historia a partir de la libertad finita siempre dispuesta a substituir la decisión por la plenitud (pura actitud de esperanza escatológica²⁰) por una bien delimitada esperanza intramundana.

Si la decisión por Cristo universaliza el amor en el compromiso en ella de construir la historia, la negación de Cristo delimita en utopías oníricas y en autodestrucción. Desaparece el sentido de la vi-

18- "No hay ningún comienzo de la oración, porque Padre, Hijo y Espíritu desde siempre se encuentran frente a frente en un diálogo, en una espera y en una decisión sostenida eternamente", *Das Wort und die Mystik*, Teil II, *Objektive Mystik*, Einsiedeln, 1983,84

19- TD, IV, *Das Endspiel*, Einsiedeln, 1983, 84

20- Entendemos por esperanza escatológica a toda vivencia humana fortalecida por la fe viva y vigorosa en el amor.

da como don, y sin este sentido, surge la auto alienación de la libertad. La Iglesia, que celebra la vida, se encuentra en una historia que le niega un sentido absoluto. La decisión por Cristo en un mundo que lo niega asume la específica forma de adoración que es el martirio. Como último momento de decisión, el martirio confiesa la entrega permanente al dinamismo trinitario como simiente que, entre piedras y espinas, no desiste de caer. Ella, la Iglesia apostólica, que sufre y experimenta en su flaqueza, pero que dice con el Apóstol: "Cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Co.12,10).

El misterio de la iniquidad aparece como una anti-Trinidad en el seno de la historia humana, como el mantener abierta las heridas del Crucificado y el realizar aquellos milagros que el Señor rehusó realizar (Lc.9,55), sólo que los que lavan sus vestidos en la sangre del Cordero serán, en aparente impotencia, los verdaderos vencedores.

Así se reconocerá la real autonomía a la cual el hombre es llamado por Dios: la de implantar en el mundo un dinamismo de amor que reflejen en las personas, en las estructuras y las instituciones, la belleza y la bondad de la verdadera vida. Verdaderamente atractivos, los gestos que confiesan la vida que se decidió por Cristo son celebrados por la Iglesia en la Eucaristía, como acto de adoración donde el coloquio, la expectativa y la decisión trinitarias se universalizan en las estructuras del mundo.

Conclusión

Si la decisión trinitaria de comunión con la creatura llevó a Cristo al corazón del mundo, no aniquiló la historia ni la absorbió en la eternidad.

En la Eucaristía eterna, con la cual comulga la Iglesia que camina peregrina en la historia, Cristo integra en la libertad infinita del amor trinitario los gestos de la libertades finitas que se deciden por El. Gestos de gratitud, porque al amor, que nada se impone, lo elige y alaba gratuitamente. He aquí la adoración: la comunión con el dinamismo divino que, una vez por todas ofreció la historia a la eternidad.

En la Eucaristía la adoración de la Iglesia toca así toda la historia, porque el dinamismo adorante de la Trinidad es el acto vivificador que la penetra. En la adoración de la Iglesia, la gloria cubre toda la tierra; y en la celebración eucarística que repite: "Santo, Santo, Santo es el Señor Dios...", el cuerpo vivo del Resucitado se entrega -por El, con El y en El- a realizar la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo, en una liturgia de comunión.